



LA HISTORIA INACABADA DE LA IZQUIERDA

Reseña del libro de Pedro Montes: *La historia inacabada del euro*, Madrid, Trotta, 2001

Diego Guerrero

Tras su anterior libro sobre el tema –*La integración en Europa* (1993)–, Pedro Montes vuelve en este nuevo libro a abordar uno de los temas cruciales de la economía española contemporánea. En muchos sentidos, el nuevo libro es continuación del anterior (así como de *El desorden neoliberal*, en el que también se dedica un apartado a Maastricht), y no sólo por el ámbito temporal que cubren –el primero, que llevaba por subtítulo "Del Plan de Estabilización a Maastricht", tenía dos partes donde se hacía primero la historia de la economía española desde el tratado de Roma a la incorporación en la UE para pasar a contar luego la construcción de la "Europa neoliberal"– sino por la continuidad de enfoques y planteamiento.

La *Historia inacabada del euro* consta de cinco capítulos donde el autor va acertadamente entremezclando los análisis de la economía europea y de la economía española desde la época de las crisis del Sistema Monetario Europeo que casi coincidieron con el Tratado de Maastricht. En opinión del autor, la introducción del euro puede considerarse un "parto prematuro" (p. 22), y, si se me permite jugar con la metáfora, yo añadiría que del libro se desprende que se trata de un parto en un contexto de inestabilidad familiar, donde el matrimonio no del todo bien avenido que forman los 15 países de la UE parece estar abocado a sufrir nuevos abortos, desbarates y/o sietemesinos, debido a las desavenencias existentes entre los múltiples cónyuges actuales, que se están viendo empujados por el *pater familias*, Alemania, a una expansión que no sólo es más propia de un harén oriental –la ampliación hacia el Este– que de una educada y conservadora buena familia cristiana occidental, sino que corre el riesgo de dirigir esta convivencia hacia un campo de minas a punto de estallar, ya que la estrategia elegida "es lo mismo que renunciar a la unidad política europea" (p. 17). Esto, además de suponer grandes riesgos para la evolución futura del euro, significa que la economía de la UE estará liberada de cualquier atadura política que permita suavizar la dureza que la unidad económica tiene para los sectores económicos más débiles –los trabajadores y sus representantes ideológicos de izquierda– si no se ve frenada por el bozal institucional que suponen las medidas sociales tomadas por los gobiernos, máxime cuando todo ello se realiza en el contexto de una ofensiva neoliberal contra los derechos sociales adquiridos por la ciudadanía europea (y española).

Tres son, a mi juicio, las grandes aportaciones de este importante libro a las que el lector debería prestar especial atención:

1. Señala correctamente los peligros que supone el euro para las economías europea y española. En efecto, el autor insiste en que el destino final del euro es todavía una incógnita, ya que aparece viciado desde su nacimiento por haber sido el fruto de una voluntad puramente "política" más que de la maduración de las condiciones económicas dentro de la UE. Señala con acierto que los cambios fundamentales que introduce la Europa del euro son la fijación de un tipo de cambio irrevocable y de una política monetaria única (con el consiguiente traspaso de soberanía desde los bancos centrales nacionales al banco central europeo), que actuarán como una inmisericorde camisa de



fuerza cada vez que las economías más débiles de la UE –entre las que se cuenta España– se vean sometidas, por su inferior posición competitiva, a los embates de la violencia competitiva creciente en el mercado mundial y a los potenciales factores de crisis a ella asociados.

2. El autor lleva a cabo también un coherente análisis de clase de la Europa neoliberal, haciendo resaltar los hitos y aspectos más relevantes en el proceso de construcción desarrollado desde Maastricht hasta la introducción definitiva del euro (que tendrá lugar en los próximos meses). En este sentido, aparece el Pedro Montes que, tanto desde su puesto de trabajo en el Servicio de estudios del Banco de España como en el seno de CCOO y en la dirección de Izquierda Unida y otras organizaciones de la izquierda, ha dejado oír su voz en defensa de los trabajadores y en contra de las estrategias antiobreras de los capitalistas y de las políticas económicas desplegadas por los gobiernos que están a su servicio.

3. El texto acierta asimismo al desentrañar a fondo la historia de las relaciones entre la construcción europea y la edificación de la España neoliberal que han contribuido a levantar tanto los gobiernos del PSOE como del PP, con la adecuada colaboración de ciertos sectores de izquierda, incluidos los aparatos de los dos principales sindicatos españoles, UGT y CCOO (p. 76). A este respecto, Montes no deja pasar la ocasión para denunciar que "Maastricht ofrecía una buena batería de argumentos para endurecer la política neoliberal en el terreno social y en cuanto a los derechos de los trabajadores, que tanto el gobierno del PSOE, en su momento, como el gobierno del PP posteriormente aprovecharon a fondo" (p. 65). Se aleja así de las actuales denuncias socialistas contra el neoliberalismo del PP, recordando cuál es el balance que ofrecieron los gobiernos socialistas para que los sindicatos les organizaran varias huelgas generales: "Se amplió el periodo mínimo de cotización para tener derechos; se ampliaron los periodos de cotización en relación con los periodos de percepción de las prestaciones; se redujo el porcentaje de las prestaciones contributivas con respecto a los salarios; se estableció la obligación de los desempleados a cotizar a la seguridad social; se suprimieron las exenciones fiscales de las prestaciones por desempleo, pasando a ser consideradas rendimientos del trabajo a efectos tributarios; se redujeron los topes mínimos de la prestación contributiva; se facilitó la extinción del derecho a la prestación; se dificultó el acceso al subsidio de desempleo; se revisó restrictivamente el concepto de 'cargas familiares'. Tales fueron la impronta que el PSOE dio a la política social (...)" (pp. 68-9).

Sin embargo, no sería justo dejar de señalar las carencias o limitaciones que, en mi opinión, se observan en este texto. En primer lugar, y en un contexto ideológico general, y no sólo español, que facilita este tipo de confusiones, el autor parece asimilar implícitamente y con demasiada alegría el planteamiento de clase con la posición de izquierda. Si se me permite profundizar mínimamente en este punto, habría que señalar que desde los planteamientos marxistas bien conocidos en que se coloca Montes no está nada claro que se trate de la misma cosa. Para Marx la izquierda era la otra mitad de la misma naranja ideológica que, junto a la otra media formada por la derecha, constituyó siempre el objeto de su crítica y de su análisis provocativo. Marx descubrió que la naranja de las ideas burguesas –como ocurría también con la de las relaciones económicas capitalistas– se estaba pudriendo, y que no hacía falta esperar a su putrefacción final cuando la sociedad podía dotarse de frutos mejores. Los conceptos de izquierda y derecha son tan estáticos como la geometría política de la que nacen. En cambio, la naturaleza de clase de las sociedades capitalistas está en constante evolución como consecuencia de la dinámica interna de esa forma económica. Por eso, al colocarse uno en el punto de vista de la clase obrera, es decir, de los asalariados, se sitúa



en el mismo sentido adonde apunta la tendencia del sistema, ya que lo que nos enseñan la historia y las estadísticas es que cada vez son más los asalariados (en términos absolutos y relativos), y cada vez más clara la identificación, en el capitalismo, entre ciudadano y sujeto dependiente (o esclavo) del mercado.

Pues bien, el análisis de Montes se ve empañado cada vez que sustituye la perspectiva de clase por la perspectiva, mucho más débil y contingente, de la agrupación política a la que pertenece, que, en aras de una supuesta unidad de la izquierda, lleva a sus miembros a pretender dejar contentos a todos los que se sienten de izquierda, aunque reproduzcan la ideología dominante que les insufla la clase dominante. Así en la p. 86 suspira por un "proyecto político común" en Europa sin aclarar si se tratará de un proyecto compatible con el capitalismo o con la democracia. O razona sobre el "vaciamiento democrático" (p. 94) del proyecto europeo igual que si fuera un socialdemócrata, como creyéndose el discurso retórico del liberalismo social y la nueva mitología de los derechos humanos y demás lindezas de la democracia burguesa: "Por decirlo brevemente, la Europa de Maastricht no respeta las bases formales en que se asientan las democracias de los países que la integran" (p. 90). Incluso parece un miembro más de la IS cuando achaca este vaciamiento a la "subordinación de la política a la economía" (p. 92), o cuando suspira por un Lafontaine que firmó con los verdes alemanes un programa tan similar al puesto en práctica por el gobierno español del PP.

A veces, la crítica de la Europa unida no es del todo objetiva. Por ejemplo, se achaca al "mercado único" que sea un "marco propicio para degradar los derechos laborales y sociales" (p. 97), olvidando que Japón y Estados Unidos nos han demostrado durante décadas que no hace falta un mercado único para dicha degradación. O se achaca al euro "la necesidad de implantar políticas regresivas desde el momento en que las pérdidas de competitividad (...) no podrán compensarse a través de la devaluación de las monedas (...)" (p. 98), como si en el Reino Unido o en Argentina no se usaran estos mismos argumentos sin necesidad de recurrir al euro. Es verdad que el tipo de cambio inamovible y la política monetaria centralizada son mecanismos que facilitan la uniformación política y económica, pero lo son más como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas sociales que como consecuencia de una lógica puramente capitalista. La "preservación de la competitividad por la vía de aumentar la explotación de los trabajadores" (p. 137) es una carta que tiene en la manga la Europa del euro, por supuesto, pero que también tenían, antes del euro, los capitalistas europeos y españoles, y sus gobiernos.

El coqueteo de Pedro Montes con las ideas socialdemócratas de IU también es evidente en muchos otros pasajes del libro. Así, piensa que el Estado y su política fiscal están para "ir corrigiendo [esas] diferencias regionales" (p. 106), en vez de para lo contrario, como demuestra la historia. O nos sorprende con panegíricos como los que suelo oír a mi amigo Carlos Berzosa: "El rápido crecimiento de la economía española en las últimas décadas, la mejora espectacular de las condiciones de vida de la mayoría de la población, las dotaciones de los hogares, los avances en todos los indicadores del desarrollo (...)" (p. 121). O incluso lo vemos tan convencido del discurso del "Estado del bienestar" que hasta se cree su existencia (p. 139) —¿cómo es posible en un marxista?—, con la misma pasión que un liberal como Gabriel Tortella, a quien emula con éxito al declarar que el Estado del Bienestar "es la conquista moral más importante del siglo XX" (p. 190).

La izquierda española y europea tiene que aclarar sus ideas si pretende que la población le haga caso. Por ejemplo, si se escribe que "la libertad absoluta de los movimientos de capital (...) han generado una densa nube financiera, cuya intrínseca



inestabilidad constituye un rasgo esencial de la actual situación económica mundial" (pp. 193-4), hay que aclarar a continuación si lo que a uno le preocupa es la "libertad absoluta" de esos movimientos de capital (lo que reclaman los neoliberales), o sólo controlar su excesiva "libertad", o el excesivo "movimiento" de los mismos (los socialistas, es decir, los liberales de hoy), o bien, como en el caso de Marx y sus pocos seguidores contemporáneos, le preocupa a uno el capital y su existencia. No se puede decir a la gente que tiene que ser de izquierda y a continuación enseñarle que ser de izquierda es defender lo que defienden un Soros, un Tobin o un Cavallo. No se puede santificar al liberal Keynes para tener un arma con la que atacar al liberal Hayek. Los liberales de izquierda y de derecha (véase el caso de Toledo y Vargas Llosa en Perú) siempre estarán juntos por la falsa libertad, hueca, formal y burguesa. Los críticos del liberalismo debemos estar a favor de las libertades llenas de contenido, concretas, reales y antiburguesas.

Por último, no puedo dejar de mencionar una cuestión incidental pero que también habla con claridad de los problemas de la izquierda española. La obsesión que tiene el autor por evitar el uso de la palabra España, absurda y persistentemente sustituida por el horrible circunloquio de "Estado español"¹, es algo que este comentarista no puede entender sino como un nefasto tic de nuestra izquierda, que olvida que ¡también en Francia, en Alemania, etc., hay Estados!, y, sin embargo, ello no obliga a sus simpatizantes a escribir cansinamente "Estado francés", "Estado alemán", etc., como el propio Montes demuestra en la p. 102, donde refiere a los países con déficit de la UE de la siguiente increíble manera: "Portugal, Estado español, Austria" (!!). Para entender cuán cerca está esto del ridículo más absoluto, piense el lector en lo siguiente: en la p. 145, Montes habla de los contrastes "entre el Estado español y el resto de los países de la Unión Europea" (que son por supuesto Francia, Alemania, etc., y no el Estado francés, el alemán, etc.); sin embargo, en otras páginas no puede menos de escapársele expresiones como "en el caso español" (p. 139) –que, de ser coherente con la denominación elegida para nuestro país, debería suprimir y sustituir por absurdos aun mayores como "en el caso estatal-español (o hispano-estatal)–, o la "sociedad española" y la "economía española" (p. 147). La izquierda española, si quiere que alguna vez se la tome en serio, tiene que dejarse de estas pamplinas –y que me perdone mi amigo Pedro Montes– y caer en la cuenta de que el origen de todo este enloquecimiento está en su asunción *anti-natura* de las ideas nacional-separatistas de una parte de la burguesía periférica española, que ha sido capaz de convencer a casi toda la izquierda para que asuma sus planteamientos antiobreros y anti-internacionalistas (para lo que han tenido que mediar dos circunstancias: la debilidad teórica de nuestra izquierda y la generosidad financiera de nuestra burguesía para con los inventores de la Historia). Alguien que, como Pedro Montes, tan orgullosamente se proclama miembro de la IV Internacional, tal y como lo hacía su compañero Jesús Albarracín, recientemente fallecido, no debería olvidar lo que sobre la miseria del nacionalismo escribieron Marx, Engels o Rosa Luxemburgo. ■

¹ La última fase del libro consiste precisamente en la afirmación de que al euro le espera un futuro peor "tanto en el Estado español como en el resto de los países europeos" (p. 196).